

LETRAS

letrillas

LETRONES

POESÍA

El bardo del Pentágono

A mismísimo Henry Kissinger, uno de los factótums más aterradores de nuestro tiempo, Dick Cheney y Donald Rumsfeld le quitan el hipo: hace cosa de un año, el Dr. K opinaba que nunca había conocido a seres más escalofriantes que el vicepresidente y el secretario de Defensa de su propio país, miembros de su propio partido y *perhaps* de su propio club de golf.

Y sin embargo, resulta que en el Pentágono hay un poeta, hay un filósofo: nada menos que el aterrador sujeto de la voz de témpano y los espejuelos diáfanos: Donald Rumsfeld... En efecto, un tal Hart Seely, en la revista de internet *Slate* (slate.msn.com/id/2081042/), “The poetry of D.H. Rumsfeld”, ha expuesto a la luz pública unos cuantos *poèmes trouvés* que pergeñó en las transcripciones oficiales de entrevistas y conferen-

cias de prensa del secretario de Defensa de Estados Unidos.

He estado hojeando las *Historias* de Herodoto, y no he encontrado el caso de un guerrero que, sin ser él mismo un guerrero verdadero –Rumsfeld *nunca* ha estado en una guerra, ni siquiera como mirón o general–, sea también poeta y pensador. Don Donald no es, pues, un Marco Aurelio, emperador, comandante y moralista autor de líneas como:

Alejandro, César, Pompeyo, ¿qué son al lado de Diógenes, Heráclito, Sócrates? Porque éstos conocieron las cosas, sus causas, su naturaleza, y la razón que los dirigía era autónoma, mientras que aquéllos ¡cuántas cosas ignoraron y de cuántas otras fueron esclavos!,

o de estas otras, de sumo interés para cualquier dirigente con grandes responsabilidades en sus manos:

¿A qué deberé aplicar en este mo-

mento mi alma? A propósito de todo tendré que hacerme esta pregunta, y examinar lo que en este momento se encuentra en la parte de mí mismo que se llama principio hegemónico, y de qué condición es el alma que actualmente poseo. ¿Será la de un niño, de un adolescente, de una mujerzuela, de un tirano, de un buey o de una fiera?

Sin embargo, a veces el mejor poeta es el que no sabe que lo es. A continuación transcribo, en mi modesta traducción, algunos *poemas encontrados* por Hart Seely. Los títulos son suyos, no del vate de las márgenes del Potómac.

Lo desconocido

Como sabemos,
hay sabidos sabidos.
Hay cosas que sabemos que sabemos.
También sabemos
que hay no sabidos sabidos.
Esto es,
sabemos que hay algunas cosas
que no sabemos.
Pero también hay no sabidos no
sabidos,
aquellos que desconocemos que
desconocemos.

No sé a ustedes, pero a mí esto me recuerda un poco dos anotaciones de Wittgenstein que rezan así: “¡No te intereses por aquello que, supuestamente, sólo tú comprendes!” y, sobre todo, ante todo, “El círculo de mis pensamientos es probablemente mucho más estrecho de lo que supongo”. El siguiente poema de Rumsfeld reza así:

Una confesión

De vez en tarde,
estoy parado aquí, haciendo algo.
Y me pregunto:
“¿Qué diantre estoy haciendo aquí?”
Es una gran sorpresa.

El gran poeta chino Li Po terminaba su poema “Despedida a Sun Zhiti en Jianxia” con estas estrofas:

Besados por las luces del sol,
los pájaros del valle entonan su
alborozo.

Ha caído la noche y el viento
nos trae los lamentos de los monos.
Como hombre, jamás he derramado
una lágrima,
mas ahora no puedo contener el
llanto.

También pienso en dos tankas. Uno es
de Ki no Tsurayuki:

Qué depara la vida. A mediodía
pienso
en quienes ya murieron.
Me entristezco.

El otro es anónimo:

Es que el mundo fue siempre
inquieta, o soy yo
quien lo siento.

También de los pálidos labios del vate
Donaldo Rumsfeldo tenemos:

La situación

Las cosas no serán necesariamente
continuas.
El hecho de que sean algo que no es
perfectamente continuo
no debe caracterizarse como una
pausa.
Habrá algunas cosas que la gente verá.
Habrá algunas cosas que la gente no
verá.
Y la vida sigue su curso.

Estas estrofas me han evocado, de Char-
les Simic, su "Poema sin título":

Pregunto al plomo:
¿Por qué has permitido
que se te convierta en bala?
¿Has olvidado a los alquimistas?
¿Has abandonado la esperanza
de convertirte en oro?

Nadie responde.
Plomo. Bala.
Con nombres como éstos
el sueño es largo y profundo.



El vate Donaldo Rumsfeldo.

Y, del mismo Simic, las últimas estrofas
del poema "Hacha":

Estas oscuras profecías, extrañas
incluso para mí,
fueron recogidas por mi cuerpo,
que entiendo de probabilidades
históricas,
aunque carezca, en esencia, de futuro.

Finalmente, tenemos estos versos her-
méticos del bardo del Pentágono:

Claridad

Creo que se encontrarán,
creo que se encontrarán con que
cualquier cosa que hagamos en
sustancia,
habrá claridad casi perfecta
sobre lo que esto sea.

Y se sabrá,
y lo sabrá el Congreso,
y lo sabrán ustedes,
probablemente
antes de que lo decidamos,
pero se sabrá.

Cualquiera puede advertir en estas lí-
neas la temprana y duradera influencia
del Humpty Dumpty de Lewis Carroll
sobre el niño pícaro o inocente que al-
guna vez fue Donald Rumsfeld, a quien
nos gustaría encomendarle que, en un

momento en que las cosas no sean ne-
cesariamente continuas y se produzca lo
que otros llamamos pausa, lea un poe-
ma de Robert Bly que a continuación
traslado al español:

Contando cadáveres de pequeña osamenta

Una vez más contemos los cadáveres.

Si tan sólo pudiéramos reducir los
cuerpos
al tamaño de los cráneos,
formaríamos una blanca planicie de
cráneos a la luz lunar.

Si tan sólo pudiéramos reducir más
los cuerpos,
¡tal vez podríamos acopiar
en el escritorio todo un año de
matanza!

Si tan sólo pudiéramos reducir aún
más los cuerpos,
meteríamos un cadáver
en un anillo, a fin de nunca olvidarlo.

(Los libros, los traductores y las edicio-
nes son los que siguen: Marco Aurelio,
Pensamientos, trad. Antonio Gómez Ro-
bledo, UNAM, 1992; Ludwig Wittgen-
stein, *Observaciones*, trad. Elsa Cecilia
Frost, Siglo XXI, 1981; Li Bo, *Copa en ma-
no, pregunto a la luna*, trad. Chen Guojian,
El Colegio de México, 1982; *Kokinshū*
(siglo X), *Flor de antigua poesía japonesa*,
transliteración de Carlo Antonio Castro
y Norimitsu Tsubura, revista *La palabra*
y *el hombre*, Xalapa, 1983; Charles Simic,
El sueño del alquimista, trad. Rafael Var-
gas, UNAM, 1994.) –

– HÉCTOR MANJARREZ

GEOPOLÍTICA

El Archipiélago de los Chagos

*Océano Índico. En 1975, la pequeña isla
situada a más de dos mil kilómetros de la isla
Mauricio fue vaciada definitivamente de sus
habitantes. Jean-Marie Gustave Le Clézio ex-
presa su emoción ante esta deportación orques-*

tada por los británicos y los usamericanos desdeñando los derechos del hombre.

HABRÍA PODIDO SER EL PARAÍSO. Perdido en el Océano Índico a más de dos mil kilómetros de la isla Mauricio y de las islas Seychelles, un rosario de islas de coral sembrado bajo los bancos de arena blanca, encerrando lagunas color turquesa, cada isla con una cabellera de cocoteros inclinados bajo la suavidad de los vientos alisios, lejos de cualquier peligro de ciclón. Para los habitantes de esas islas, el lugar fue durante generaciones no el paraíso, sino su tierra, suspendida entre el cielo y el mar. Ahí la vida no era idílica.

En su mayoría descendientes de los esclavos africanos importados a la isla por los franceses en el siglo XVIII, los chagosianos debían trabajar duro en la fábrica de copra solamente recibiendo como salario raciones en víveres y en productos de primera necesidad, viviendo así fuera de todo sistema monetario (lo cual los hacía más vulnerables). Pero por lo demás, podían pescar libremente los peces que abundaban en las lagunas vecinas —como el extraordinario banco de los Chagos de treinta kilómetros de ancho—, cultivar su pedazo de tierra, o criar gallinas o cabras. Dos veces al mes, el barco que comunicaba entre sí las dependencias aledañas de la isla Mauricio traía las noticias del mundo exterior, y los complementos de víveres y mercancías que apenas podían comprar en la tienda de la Compañía. Esto habría podido durar eternamente, y Chagos habría podido deslizarse suavemente en el nuevo milenio con la gracia despreocupada de las sociedades criollas, e incluso recoger un poco más de ese maná providencial [...]

Pero la realidad fue muy distinta. Entre 1968 y 1971, las trescientas familias que comprendían más de mil quinientos chagosianos ligados a ese territorio durante generaciones fueron expulsadas sin miramientos, no sólo de la isla llamado Diego García sino también de las islas vecinas, Salomón y Perós Banhos. Ni siquiera fue necesario recurrir a

la violencia. Muchos de los isleños que andaban de viaje en Mauricio, como la cantante Chartesie Alexis en 1968 o Christian Ramdas en 1971, vieron que se les negaba el derecho de regresar a Chagos para recoger sus cosas, y se quedaron en el destierro con sus maletas.

Como habían vivido siempre apartados, los chagosianos carecían de defensa y de representación verdadera. La desaparición de la fábrica de copra, su única fuente de aprovisionamiento, los puso a merced de las autoridades. Al fin de evitar toda crítica, el gobierno inglés recurrió a los servicios de lo que podría llamarse una milicia privada para proceder a las expulsiones. Las últimas deportaciones en 1971 fueron particularmente dramáticas. Ancianos, mujeres y niños fueron reunidos y embarcados por la fuerza en el barco *Norduaer* abandonando todo detrás de ellos, sus casas, sus campos, sus animales de granja y hasta sus perros. Según los testimonios, a quienes intentaban resistir se les oponía la “opción de Hobson” (nombre del oficial usamericano encargado de vigilar el embarco): “Váyanse o muéranse de hambre.”

Las condiciones de instalación en Mauricio no fueron menos dramáticas. El gobierno inglés no mantuvo ninguna de sus promesas, y la situación económica de Mauricio en los años que siguieron la independencia volvió particularmente difícil la inmersión de los nuevos emigrantes. Una gran parte de las familias chagosianas encontró refugio en los abrigo anticiclones prestados por el gobierno inglés —eran algo parecido a medios cilindros de hierro cubiertos de zinc, que de día se transformaban en hornos y donde eran evidentes las condiciones de falta de higiene y de promiscuidad. Otras lograron encontrar alojamiento mal que bien en los barrios pobres de Port-Louis, en Cassis, en Point aux Sables, en Cité la Core, en Duckers Flat, en Rochebots. No había trabajo. A pesar de la voluntad de los chagosianos de conservar su dignidad, sus condiciones de vida eran las de proscritos sin ni siquiera el *status* de refugiados políticos

viviendo en la miseria.

Un informe publicado en 1975 por el Instituto para el Desarrollo y el Progreso (Hélène Stophe) hacía aparecer el desenlace de los exilados chagosianos en Mauricio: sobre las 277 familias interrogadas, la mitad reconocía que vivía en alojamientos miserables, con un ingreso de entre diez y veinticinco rupias mensuales (aproximadamente en francos franceses de la época). El único trabajo que se les ofrecía era el de mano de obra en los muelles de Port-Louis. Los niños en su mayoría no estaban escolarizados.

Hoy, treinta años después, con el impacto del exilio, aun si las condiciones de vida han mejorado, el sentimiento de abandono de los chagosianos sigue siendo muy fuerte. Una película reciente, filmada en video por un grupo de mauricianos,¹ deja ver la amargura de esta gente víctima de una injusticia tan grande. Sobre su isla nativa, Diego García, la base militar de Estados Unidos se ha instalado perdurablemente (el acuerdo inglés estipulaba una ocupación de cincuenta y cinco años, obviamente renovable). Se han construido depósitos de combustible a lo largo del atolón, poniendo en peligro el equilibrio ecológico. De la pista de vuelo han despegado los bombarderos gigantes hacia misiones en Camboya, Afganistán e Iraq.

A pesar de los tratados de desnuclearización del Océano Índico, suscritos por Mauricio y por la mayoría de los países vecinos, caben pocas dudas de que tarde o temprano la base de Chagos acogerá misiles con ojivas nucleares. El desarrollo de la actualidad no incita al optimismo...

El gobierno usamericano ha denega-

¹ *Chagos: la prohibida*, película realizada por Gopalan Chhallapernal, David Constantin y Shehaz Patal, con la participación de Chartesie Alexis, Aunèlie Talasi, Anastasia Modinar, Rosamonde Saminadan, Raphaël Louis, Nicolas Harad. Camaleón Productions. Isla de Mauricio, junio, 2002. Para mayor información sobre el caso de Chagos, puede consultarse el sitio www.chagos.org, creado en Suiza por un comité chagosiano. En Inglaterra, Richard Clifford y Olivier Bancoult han fundado otra asociación, The Chagos Refugee Group, que cuenta con el apoyo de Nelson Mandela. La documentación del presente artículo ha sido tomada de *U.S. Government Publications*, 1975. El mapa se inspira en el mapa de la Compañía, 1990. *Le Point*, 13 de diciembre de 2002. Núm. 678.

do a los exiliados el derecho de ir a poner flores sobre las tumbas de sus familias, con el pretexto de los imperativos de la seguridad en la guerra contra el terrorismo. Ya los ingleses habían negado a la población de las islas participar en la conservación y mantenimiento del cementerio, pues ello habría significado el reconocimiento de sus raíces.

¿Qué queda hoy de ese mundo apacible donde los habitantes de Chagos vivían día a día sabiendo conservar el frágil equilibrio de los atolones? En un reciente intento de conciliación, Inglaterra ofreció a los chagosianos la nacionalidad británica, lo que les permitiría sin duda ir a Inglaterra a trabajar como mano de obra aunque con ciertas restricciones. Pero ¿puede eso compensar la pérdida de la patria?

Como todos los refugiados del mundo, los exiliados de Chagos no han renunciado a la esperanza de regresar algún día a sus islas nativas. Se puede soñar en ese día en que, a pesar de la insolencia inconsciente de las potencias militares y de la mercantilización de los gobiernos, el mundo recobrará su razón y sabrá hacer justicia a los hijos de Chagos. —

— J. M. G. LE CLÉZIO
— Traducción de Adolfo Castañón

CARTA DE WASHINGTON

El beisbol y la guerra

El sábado plomizo en que todo parecía apuntar a que la guerra de Iraq iba a salirse de madre, nosotros teníamos boletos para un juego de beisbol entre los Keys de Frederick y los Gatos Montes de Lynchburg. En un momento de tránsito del partido me voltee a platicar con el gordo que había estado anotando cada jugada en un cuaderno de fanático profesional. Intercambiamos dos o tres comentarios banales; luego le pregunté qué opinaba de lo que estaba pareciendo una hora lúgubre para las fuerzas armadas norteamericanas. Se rascó la cabeza sin

quitarse la gorra y dijo que iba a estar difícil para los muchachos. Pero vamos a ganar, anotó con una certeza que me estremeció, dado que vengo de un país en que, cuando mucho, se empata.

Antes de salir al juego tuvimos un desayuno de despedida con una autora mexicana que estuvo de visitante en el programa de Escritura Creativa para el que trabajo. Se habló de lo único que se ha hablado en los últimos meses: la guerra de Iraq, el oportunismo del gobierno francés, la ridícula nostalgia imperial de Aznar, y la inopinada resistencia de Fox —una sola vez revisó el *Washington Post* la falta de apoyo de México en Naciones Unidas y más bien con curiosidad. Finalmente se llegó al caso de la maroma en la opinión pública gringa y británica, que se volcó en apoyo a ambos regímenes una vez que empezó el combate. La tesis de la escritora —lo que distingue a un mexicano de un gringo es que el primero simplemente no puede pensar que alguien haga algo de buena fe— era que las encuestas estaban maledadas: en sus dos meses de estancia no había conocido a nadie que estuviera a favor de la guerra. Entre todos convinimos en que había que salir a provincia —donde están los votantes duros de los Bush— para encontrar al elusivo setenta por ciento progueerra. La invitamos a conocer los verdaderos Estados Unidos acompañándonos al juego de ligas menores. Declinó.

Aunque Frederick, Maryland, con su aire rural y su registro colonial, podría ser visto como una fortaleza de autenticidad, un ojo atento descubre pronto giros de sofisticación que ya no se ven más allá del río Ohio: es una ciudad enriquecida, en su calidad de joya arquitectónica, por los remanentes del turismo con que nos echa a perder DC durante el verano; sí está rodeada de granjas tradicionales, pero en ellas se cultivan las verduras orgánicas que se venden a precios de oro en los mercados de ricos para ricos de la capital; además está habitada en buena medida por familias de los ejecutivos de las compañías que medran con la clase política federal: entre el paisaje de huertas

de la carretera 270 —que une Frederick con Washington— florecen los edificios de empresas de baja visibilidad y alta influencia; las oficinas centrales de, por ejemplo, Lockheed-Martin, que hace los aviones cuya munición aplanó a la romana tramos completos de Iraq.

Pese a todo lo anterior, el estadio de los Keys parecía habitado por un genio de verdadero pueblo chico, probablemente porque a media hora de distancia, yendo hacia el este, los Orioles de Baltimore estaban jugando un partido de verdad contra los Medias Rojas de Boston. Al sentarnos en la grada tuvimos la sensación de encontrarnos en el centro de algo remoto y profundo. El país es tan vasto y hay de tanto, que en la capital se vive siempre con la impresión de que el mundo llega diferido, de que aquí sólo se administra la variedad y los verdaderos Estados Unidos son otro, que está allá afuera y está en guerra. Antes del juego hubo un minuto de silencio por los caídos en combate esa semana, y unas palabras de aliento para las familias con hijos o padres batallando un uniforme. Luego se cantó el Himno.

Aunque en los últimos años el futbol americano y el básquetbol registren más atención del público interesado en las gestas del cuerpo, el beisbol mantiene intacto su prestigio de deporte nacional: la calidad mitológica que le concede el hecho de que toda ofensiva consiste en el esfuerzo de un solo hombre viene al pelo con la mentalidad local. Y hay que aceptarlo: por más *passé* que sean los ritos nacionales, y por más que uno no se olvide de la Guerra del 47, hay mucho que conmueve en el tímido fervor con que los gringos comunes cantan *The Star-Spangled Banner*. Más en Frederick, donde fue compuesto por el único músico marylandés que ha sido al mismo tiempo blanco y famoso: Francis Scott Key —el extraño nombre del equipo de beisbol local viene de su apellido.

Si esa mañana uno había desayunado con el *Washington Post*, lo densamente encapotado del cielo no podía ser más que un reflejo del estado de ánimo general: la infantería estaba atorada a casi

cien kilómetros de Bagdad porque las líneas de suministro de gasolina habían sido rotas por patriotas iraquíes, los *marines* seguían encadenados en Kuwait por la falta de rutas firmes y los ingleses no estaban pudiendo asegurar el territorio chiita, que hasta entonces se había supuesto favorable a la invasión. Si además se había leído el número de esa semana del *New Yorker* —la única publicación del *mainstream* que mantuvo su ferocidad intacta después del primer cañonazo—, parecía que las batallas entre los arenales de los días anteriores eran solamente el principio de un drenaje que se extendería por mucho más tiempo del calculado. Hay pocas ciudades más blancas, más conservadoras y más nacionalistas que Frederick en la costa este de los Estados Unidos, y esa tarde todos teníamos la impresión de que el imperio podía ser humillado debido al error de cálculo militar del secretario de Defensa. Sin embargo, no pasó nada excepcional además del minuto de silencio. La guerra seguía diferida: un fantasma preocupándonos a todos en lo que celebrábamos que un lanzador de 21 años exhibiera su promesa antes de que se lo lleven a Baltimore para jugar en el mundo real.

La diferencia entre un equipo de Grandes Ligas y uno de Triple A está en la defensiva: los bateadores con poder y dirección son una especie relativamente común; las personas con el nervio de atajar una bola imposible y lanzarla al punto en el que se puede facturar un out son raras y codiciadas. Esto significa que mientras en Yankee Stadium o Camden Yards un marcador que quede siete a tres es notorio, en las ligas menores los equipos suelen acumular números de carreras con dos dígitos. Hay un margen de diferencia entre las realidades de las ligas mayores y las menores, que deja en la conciencia un rastro similar al del espacio entre la ocupación de Iraq y nosotros: todo lo que nos llega de allá es nítido y preciso; parece más real que lo nuestro porque viene editado y porque vivimos donde no pasa nada.

Para la séptima entrada del juego, los Keys iban ganándole once a tres a

los Gatos Monteses, un marcador que me parecía imposible de remontar. Se lo comenté al gordo y me volvió a responder con la sencillez sumaria con que vislumbró la caída de Saddam Hussein: No, dijo, vamos a perder. Cómo, le pregunté, y me mostró una página del programa del juego. El pitcher que está calentando es el cerrador y ya no tiene relevo. Luego sacó de la bolsa de atrás de sus vaqueros el cuaderno en el que había ido anotando el partido y me mostró el registro de otras derrotas. Agregó: Cada vez que lo han puesto en la loma antes de la novena, perdemos. El juego quedó diecisiete a trece, a favor de los Gatos Monteses. —

— ÁLVARO ENRIGUE

POESÍA

Un mantra

Los jardines

Tiempo en profundidad: está en jardines.

Mira cómo se posa. Ya se ahonda.

Ya es tuyo su interior. ¡Qué transparencia

de muchas tardes, para siempre juntas!

Sí, tu niñez, ya fábula de fuentes.

No estoy seguro, creo que éste fue el primer poema que me aprendí de memoria. Quizás con la excepción de “Retrato” de Antonio Machado. En todo caso, este pequeño poema de Guillén, leído en la antología empastada en naranja de Gerardo Diego, que a mí me encantaba desde las tapas, fue el primero que saboreé por días, y que me dije en voz baja antes de dormirme con la seguridad de buenos sueños. Antes de comprenderlo, mucho antes, me lo aprendí. Es un poema en el cual los versos están fragmentados y, esto lo pienso ahora, se debe analizar por fragmentos de verso, más que por versos. Cuando me lo aprendí ya lo decía en fragmentos: “Tiempo en profundidad” descendía, grave y sereno; después, muy demorado por los dos puntos, este paraíso presente: “está en jardines” y, todavía, en otro verso, me

esperaba: “Mira cómo se posa”, haciéndome ese tiempo en profundidad, que es el sujeto del poema, más cercano, más visible y estático. Y después de otro punto, aún más grave: “Ya se ahonda.” Con ese “Ya” en mayúscula, frenado, antes de esta palabra cóncava desde su sonido: “ahonda”, y el reflexivo “se”, en espiral, hundiéndola más, en plenitud contemplativa. Abajo, en otro verso, para hacer el placer más largo, más demorado, una vez más: “Ya”, “Ya es tuyo su interior”... Imagínense las noches iluminadas por estos versos, vespertinos para Guillén, para mí matutinos.

Mi memoria literal nunca fue grande, y si lo era y lo es mi memoria sentimental y afectiva, pero esos cinco versos, que son un poema, los llevaré para siempre, un siempre relativo: mientras tenga vida y recuerdos. Lo curioso es que yo no tenía edad para sentir cabalmente ese final afirmativo y añorante: “Sí, tu niñez: ya fábula de fuentes”, pero sentía el sabor del paraíso redoblado: presente en el verso y la memoria, ausente en una edad que no era la mía y que ahora sí lo es; pero independiente de mis diecisiete o de mis 55, decía estos versos como los digo ahora: como un ente salvador, como un mantra; algo más vinculado al sonido y al ritmo que al sentido, o con el sentido fundido en el sonido y el ritmo. Quizás entonces tenía una memoria sentimental menos poblada y diferentes opresiones de las cuales salir, quizás lo dijera con menos conciencia, no sólo formal sino de los estragos del tiempo, pero ya añoraba o empezaba a añorar mis jardines de infancia (el parque México y Cuernavaca) y sentía que haberlos tenido era, de alguna manera, mi fortaleza.

Con los años he tenido otras oraciones, otras puertas, otros mantras que a mí, ateo, me han ayudado a salir de la fealdad o de la angustia. Siempre han sido fragmentos de poemas o poemas no mayores que un soneto. A posteriori, he tratado de saber por qué estos versos y no otros me llevan a mundos habitados únicamente y redundantemente, pero sin fatiga, por ellos mismos. Éstos de Guillén son una unidad mínima y



Jorge Guillén: *Cinco endecasílabos*.

deliciosa para la memoria. Son cinco endecasílabos, sin rima, de los que cuatro están cortados por un punto o por dos puntos. El único encabalgamiento está enmarcado por admiraciones: “¡Qué transparencia / de muchas tardes, para siempre juntas!”: unidas la respiración y la fantasía, lo disfrutaron como una llanura donde trotar. Hay, en el resto del poema, una acumulación inusitada de signos de puntuación y una sobrepoblación de palabras contundentes: tres “ya” (no de hartazgo sino de hallazgo, de los cuales el último condensa un periodo que va desde la infancia hasta la edad adulta); un “sí”, a principio de verso, que es un sí que reconoce; un imperativo “Mira” después de punto y aparte. Y sin embargo, todos estos frenos nos impulsan, nos colman de energía, nos traen algo muy leve y muy aéreo: un tiempo profundo que se posa y no pasa, y que es el tiempo de la infancia convertido, por el tiempo que pasa, en una fábula. El poema está lleno de aliteraciones, pero la de “fábula de fuentes” nos deja para siempre encerrados en un paraíso del que nadie nos podrá expulsar. Y no podrá, entre otras cosas que lo hacen ideal para la lectura y para la memoria, porque es una pequeña lección de puntuación y de pausas acordadas con su tema: los jardines. Y, como

dice Pessoa, todos tuvimos en la infancia un jardín, particular o público. —

— ANTONIO DELTORO

PERFILES

Réquiem por los Hussein

En un país como Iraq, no hay mayor lujo que el agua. Saddam Hussein tenía mucha: fuentes, cascadas y varias albercas para curar su retorcida espalda. Al principio de la primera Guerra del Golfo, Saddam nadaba tranquilo en una de sus múltiples piscinas en alguno de sus múltiples palacios. La brazada fluida, el bigote boyante. No había razón para perder el sueño. En algún momento de aquel enero del 91, Saddam reunió a su alto mando militar para delinear la estrategia que los llevaría a la victoria. Primero, explicó, había que entender que los estadounidenses no tolerarían un número considerable de bajas durante el conflicto: a diferencia de los iraquíes, los enemigos eran unos *cobardes*. Una vez establecido el dogma, Saddam procedió a explicar su infalible plan: ordenaría la captura de miles de soldados estadounidenses. Una vez atrapados, Saddam utilizaría a los prisioneros como escudos: los amarraría al frente y a los costados de cada tanque iraquí y, así, avanzaría por el desierto. El enemigo no dispararía, paralizado ante la posibilidad de matar a los desafortunados que, como Ahab, viajarían atados al lomo de la bestia. Fin del plan.

Complacido, Saddam guardó silencio un momento. Nadie atinó a responderle. Los generales se miraron entre sí. Tratarían de llevarlo a cabo, le explicaron. Saddam sonrió por primera vez, convencido de su propio ingenio: Líder Supremo, Tío (así le llamaban) de todo Iraq, Saladino, Nabucodonosor, descendiente directo de Mahoma. Pero algo salió mal en las semanas siguientes. El ejército iraquí no pudo atrapar suficientes adversarios como para ensamblar la armadura humana soñada por Saddam, y la Madre de Todas las Bata-

llas terminó en una derrota que hundió al pueblo iraquí en la más profunda crisis de su historia moderna. Fue el principio de un paréntesis que se cerraría doce años después, en el inclemente abril del 2003, entre el Tigris y el Éufrates.

Saddam Hussein se ha ido y, con el fin de su régimen, también han desaparecido varios de los personajes más pintorescos del paisaje dictatorial del planeta. El clan Hussein se lleva las palmas cuando de anécdotas atroces se trata. La historia es larga y nutrida. Todo empieza, como es tradición, con un matrimonio arreglado. Saddam se casó con su prima Sajida en 1958. La unión regaló al mundo cinco hijos: tres hijas y dos varones. De las mujeres se sabe poco. El único dato fidedigno constituye una de las muchas linduras del régimen: Raghda y Rana, las dos hijas mayores del dictador, casaron con los hermanos Hussein y Kamel Hassan, ambos oficiales del ejército. En 1995, ambos matrimonios —los cuatro muchachos soñadores— decidieron huir a Jordania, donde los hermanos Hassan se dedicaron a divulgar secretos de Estado. El hecho parecía ser el principio del desmoronamiento del gobierno de Hussein: ¡Los yernos de Saddam huyendo de Iraq y despotricando contra el patriarca! Era impensable. La sorpresa terminó cuando, algún tiempo después, las dos parejas regresaron a Bagdad bajo la promesa de un perdón inmediato. Pero Saddam, tierno como era, no se caracterizaba por ser un suegro particularmente misericordioso. Kamel y Hussein fueron asesinados de manera repugnante a los pocos días de su vuelta a casa.

El autor del doble homicidio fue otro miembro de la amorosa familia Hussein: Uday. Iracundo dirigente deportivo, talentoso coleccionista de armas, admirado periodista, voraz violador de doncellas y diseñador de modas, el hijo mayor de Saddam era un estuche de monerías. Las historias sobre Uday son sorprendentes. Le gustaba, por ejemplo, crear sus propias prendas: entre sus obras más notables estaban trajes en rojo escarlata, para combinar con el in-

faltable auto deportivo, y varios sacos *sport* que, como toque exclusivo, prescindían de una solapa. Esperemos que semejantes creaciones primavera-verano hayan sobrevivido a los bombardeos.

Más allá de sus esfuerzos en corte y confección, Uday era un trastornado genuino. Su violencia y saña harían palidecer incluso a Vasya, el hijo de Stalin que insistía en ser llamado Príncipe. En 1988, Uday irrumpió en una fiesta y atacó, frente a la esposa del presidente egipcio y otros distinguidos invitados, a uno de los guardaespaldas más cercanos a su padre. En el primer embate contra su sorprendido enemigo, Uday utilizó un cuchillo eléctrico. Después de rebanado el pavo, Uday le recetó un certero balazo para terminar con el problema de una vez por todas. El orgullo de papá Saddam también se encargaba de manejar el Comité Olímpico Iraquí.

En el edificio que albergaba las instalaciones deportivas del país, Uday mandó construir una pequeña cárcel donde castigaba cualquier indisciplina o mal resultado con algunos días de aleccionadora incomunicación o, aún mejor, de pavloviana tortura. Quizá en ese mismo inmueble, o en alguno de los palacetes propios de su clan, Uday acostumbraba recibir regalos muy peculiares. Su predilecto eran las mujeres vírgenes que él mismo escogía en la calle para luego violarlas y golpearlas a placer. Pero no todo era malo en Uday. El mayor de los Hussein pasaba arduas jornadas de trabajo manejando el periódico *Babel*, el más importante de Iraq. Uday era un reportero de tal calibre que, en 1999, se hizo acreedor al

premio *Periodista del siglo*, otorgado por gloriosa unanimidad por la Unión Iraquí de la especialidad. ¿El motivo del premio?: su innegable “defensa del discurso honesto y comprometido”.



Uday, el heredero.

Además del dulcísimo Uday, Saddam también dio vida a Qusay, el menor de sus hijos. Qusay no era tan vistoso como aquel dandy que tenía por hermano mayor. Qusay era callado, pero efectivo. Era el encargado de la tortura, extorsión y ejecuciones en masa en Iraq. Manejaba con maestría los distintos tormentos del régimen.

Uno de sus favoritos, dicen algunos, era someter a un padre de familia prisionero al encuentro entre alguno de sus hijos y una centena de gatos hambrientos.

Pero Qusay salió a papá y le daba por pensar en grande. Entre 1988 y 1989, quizá harto de la sobrepoblación penitenciaria en Iraq, orde-



Qusay, el Benjamín.

no un programa de “limpieza carcelaria” que, para eufemismo, resulta casi un insulto. La fervorosa higiene de Qusay llevó frente al pelotón de fusilamiento a miles de presos, cientos de ellos encarcelados por oponerse al régimen paterno. El benjamín de los Hussein se encargaba, además, de lidiar con cualquier molesta revuelta, como la encabezada por la tribu al-Dulaym en el 95 o el

irritante levantamiento chiíta del 97. Los kurdos, por supuesto, tampoco eran del agrado del pequeño Qusay. Pero cuando de ellos se trataba, nadie como Alí Hasan al-Majid, primo de Hussein y experto en el uso de armas químicas. Conocido por el gracioso apodo de Alí el *Químico*, Al-Majid se encargó, en 1988,

de arrasarlo químicamente con los kurdos del poblado de Halabjah. Miles y miles de kurdos quedaron retorcidos en las calles, envueltos en vómito, cruelmente ahogados gracias a la habilidad de laboratorio del asesor presidencial de Hussein. A partir de ese día, Al-Majid se ganó otro sobrenombre: *El Carnicero del Kurdistan*.

Pero, hoy, todos ellos se han ido. El mundo, y sobre todo los iraquíes, ya no podrán disfrutar de su reconfortante compañía. Adiós tío Saddam. Adiós Uday, Qusay y Alí el *Químico*. No más al sueño panárabe del Saladino iraquí y sus cámaras de tortura (especialidades: la extracción de lenguas y el baño ácido). Romántico como soy, al repasar de nuevo cada cosa realizada por el clan Hussein, no me queda más que preguntarme, ¿quién detendrá al imperio? ¿Cuándo entenderemos que, antes que nada, debemos respetar la soberanía de los pueblos, sin importar nada más? Esta guerra sin justificación ha pisoteado al pueblo iraquí, que vivía feliz y en armonía, gobernado por este apacible grupo de personas. Por Dios, ¡hasta dónde hemos llegado! —

— LEÓN KRAUZE

REFLEXIÓN

La desnaturalización del aplauso

Aplaudimos. Luego nos aplaudimos por aplaudir. Es para nunca acabar. Es más difícil interrumpir una tempestad de aplausos que una tempestad de maldiciones.

— GEORGES PERROS

En no más de un siglo el aplauso terminará por tener un sentido totalmente opuesto al actual, o su significado será tan vasto y anodino que muchos optarán por el silencio. Si ya hoy es difícil decidir cuándo las palmas se baten por entusiasmo y cuándo por mero alivio, es de suponerse que mañana tomarán finalmente el lugar del abucheo y el silbido, formas nobles y pintorescas de externar la apreciación estética ante un espectáculo, y que, sin

embargo, han sido orilladas al desuso o a la “falta de educación” por el empobrecimiento de las emociones humanas y la censura pusilánime de algunas de sus más añejas manifestaciones y variedades. De modo semejante al destino de la palabra “álvido”, que hubo de transitar por toda la barra de mercurio para acabar entendiéndose como el momento más *candente* (y sólo de manera esporádica con el sentido originario de “glacial”), o como la asombrosa transformación del adjetivo “nimio”, que por obra del enigma o de la confusión o la pereza léxica descendió de lo “abundante y excesivo” hasta lo “deleznable y minúsculo”, el aplauso recogerá a su vez, antes del 2099, sentimientos al parecer tan alejados de su esfera semántica como el malestar, la desazón y el rechazo.

Rehúso interpretar esa evolución futura —y si se quiere conjetural, pero ya a estas alturas de lo “políticamente correcto” a todas luces imparables— como un ejemplo más del *dictum* vagamente presocrático “los extremos se tocan”. Si en la oscilación pendular de las palabras “álvido” y “nimio” nos aguarda la posibilidad de algún hallazgo (“la culminante quemazón del frío”, por un lado, y “la grandeza de lo insignificante”, por el otro, son acepciones no sólo sugestivas sino completamente inteligibles y válidas), es difícil que al menos desde el punto de vista conceptual conciliemos en una sola forma de palmeteo la celebración y el repudio, la alabanza y el escarnio. Y aunque la lógica de las emociones admite vecindades peligrosas, y casi se podría decir que su temperatura natural es la de la paradoja (la envidia, por poner un caso, suele presentar a un mismo tiempo aristas tan variadas como la admiración, el pesar y la animadversión), mucho me temo que la ambigüedad del aplauso, su absoluto reinado en todos los escenarios y salas de conciertos, será consecuencia de la ramplonería y la vulgaridad, y no precisamente de la sutileza.

La génesis del aplauso debe buscarse en el intento civilizador del entusiasmo.



Alrededor de la fogata cavernícola, una vez concluido el recuento de aquellas hazañas abundantes en lodo y en bisontes, se vio la necesidad de poner orden a los vivas desgañados y al extendido hábito de golpear, en señal de alegría, con mazos o huesos las cabezas ajenas. Los gritos de celebración resultaban con toda probabilidad incomprensibles de tan desaforados, y no pudo pasar mucho tiempo antes de que la reducida inventiva que admite el elogio comenzara a agotarse, a hacerse más abstracta y, disuelta en el escándalo, más dependiente de sus posibilidades acústicas que de la transmisión de un mensaje exaltado. Estaba, por lo demás, el asunto de la inquietud de las manos, que habían llevado su proclividad a improvisar instrumentos de percusión con los cuerpos circundantes hasta extremos inverosímiles y francamente desfavorables para la salud pública. El colorido ímpetu de la alegría, la efusividad por largo tiempo contenida que se resuelve en estrépito, encontró así una modulación a la vez sensata y atronadora, de fácil interpretación y por lo mismo de alcance universal, que por si fuera poco reconducía el frenesí golpeador de las manos a fin de que se contentaran con ellas mismas. Había nacido el aplauso, el arte de la alabanza circunspecta, el halago monocorde y no verbal, y no es de extrañarse que la primera vez que un anfiteatro rupestre albergó tan palmaria

variedad del elogio, los participantes de esa orquesta espontánea —imagen especular y agradecida de aquella otra en el escenario— siguieran toda la noche batiendo las palmas, maravillados y felices, festejando primero el espectáculo, pero después a sí mismos en el acto de aplaudir, aplaudiendo frenéticamente el nacimiento prodigioso del aplauso, hasta que en algún momento se presentó el problema de todo aplauso verdadero: cómo detenerlo, cómo frenar esa avalancha de manos enrojecidas que no conocen la afonía ni la ampulosidad, pero sí, como hubieron de comprobar en algún momento, la sinrazón y el cansancio.¹

No cabe duda de que la decadencia del aplauso comenzó el día en que el público se atrevió a ovacionar un escenario vacío; la noche fatídica en que se malgastó un elogio *antes* de que nadie subiera a merecerlo. Como el público iconoclasta en aquella velada seguramente advirtió que “dar ánimos” era una variante un tanto estrafalaria de la alabanza, el aplauso en cuestión debió ceñirse a un ritmo distintivo, regular (de allí la forma bastarda del “plaa, pla; plaa, pla; plaa, pla...” ahora típica del *encore*, pero también de la desesperación jovial ante un espectáculo que no comienza), y no se desenvolvió con la caótica y feliz algarabía del aplauso aplauso, del aplauso postrero. A partir de entonces el mal se ha extendido de la forma en que acostumbra hacerlo: en todas direcciones, hasta extremos aberrantes como el de disfrazar la tristeza, la resignación, o la molestia torpemente “educada”. Si una bailarina resbala en

¹ Cuenta la leyenda que el aplauso más largo de la historia se registró en un concierto de Luciano Pavarotti, y que alcanzó los seis minutos. Más allá de que en estas épocas cuantitativas la conciencia de romper un récord Guinness puede interferir en la autenticidad del aplauso, es de mayor interés para un temperamento filosófico determinar cuáles son, en general, los factores que inciden en la duración del aplauso y cuáles en su intensidad; cómo es que las palmas se contagian y potencian unas a otras; qué indicios llevan a menguar o a espaciar el ritmo para finalmente dejar de aplaudir (aunque nunca falte quien siga aplaudiendo solo, entre la vergüenza y el arrobamiento); y hasta inquietudes metodológicas del tipo: ¿con qué rasero distinguir un aplauso generoso de otro que toca a las puertas de la adulación o del alarde?

el quincuagésimo giro: ¡aplausos!, ¡qué donaire y naturalidad para equivocarse!; si un mimo toma una pared imaginaria por un globo imaginario: ¡aplausos!, ¿te fijaste cómo juega con las posibilidades del espacio?; si un poeta chilla en el estrado y no puede recitar su poema: ¡aplausos!, ¡qué sensibilidad; cómo ha desnudado las limitaciones del lenguaje!, ¡y esa lágrima: qué gemación del espíritu!; si un funcionario se enreda con sus propios ladridos: ¡aplausos!, ¡fue al menos democráticamente incomprendible!... La desnaturalización del aplauso ha llevado incluso al cándido despropósito de creer que un palmoreo desganado, o poco enfático, o a contratiempo, puede ser mordaz o severo o muy crítico, como si fundido en la marea de otros aplausos no tuviera el efecto indeseable de propiciar que el destinatario, sintiéndose culpable pero ovacionado al fin, reincida con toda desfachatez en sus adeseos; y he ahí que, con una lentitud desalmada que no es propia de la ironía pero sí de la venganza, las cortinas ¡se vuelven a elevar!

Cuando queramos recuperar la fuerza vivificadora del enfurecimiento, el impulso civilizador del aplauso habrá llegado demasiado lejos. La matización del salvajismo de las emociones jubilosas se habrá pervertido hasta el punto de que los aplausos apócrifos superen, en proporción de ocho contra uno, los aplausos genuinos (también entonces habrá aplausos maquinales y no significativos –ojo–, los llamados “aplausos-foca”), como si por tratarse de una expresión al fin y al cabo ambidextra el aplauso estuviera destinado a la ambigüedad, a parecer un monstruo bifronte y escurridizo: la mano izquierda, enfadada y escéptica, limando sus diferencias con la mano derecha, complacida y entusiasta, en un *mano a mano* hasta el fin de los tiempos. Pero antes, en no más de un siglo, llegará el día en que ese movimiento, alguna vez irreprochable y sencillo, será respuesta más desconcertante que el silencio, pues ya nadie sabrá si un aplauso cualquiera tiene segundas intenciones. –

– LUIGI AMARA

ECONOMÍA

Pasado, presente y futuro del TLC

Entrevista con Jaime Serra Puche

El miércoles 2 de abril, en el marco del III Encuentro Letras Libres, en la ciudad de Monterrey, Jaime Serra Puche, Luis Téllez y Jaime Zabudovsky participaron en una mesa dedicada al futuro del Tratado de Libre Comercio. La ponencia de Serra Puche demostraba, con gráficas claras, las bondades que ha tenido para México el TLC, pero también la erosión de las mismas, que ya se puede constatar en el presente. Letras Libres conversó con él al final de las ponencias.

LETRAS LIBRES: Sintetizando, ¿cuál sería su mensaje de hoy en el Encuentro “México-Estados Unidos: Destinos Cruzados”?

JAIME SERRA PUCHE: El punto central de mi presentación fue que ha habido un proceso creciente de convergencia entre la economía mexicana y la economía americana, que se muestra en las principales variables, como inflación, tasas de interés, volatilidad del tipo de cambio. Al mismo tiempo, se ha dado un proceso creciente de integración entre las dos economías, y la muestra de eso está en que somos el socio comercial número dos de los Estados Unidos, y el primer proveedor de muchísimos productos para ellos. Esto ha resultado en un crecimiento exponencial de nuestras exportaciones –exportaciones no petroleras– que, a su vez, han generado empleo, y aumento en los salarios. Un punto fundamental de mi conclusión es que muchas de las ventajas comparativas que México obtuvo con el Tratado se están erosionando con el tiempo. Y que, en la medida en que se erosionen, muchas de estas tendencias y de estos crecimientos se pueden detener. De tal manera que el gran reto que tenemos –y es el fundamento de esta conferencia, y de este debate– es repensar y reposicionar a México en América del Norte, para de otra manera seguir teniendo esas ventajas comparativas que le otorgó el Tratado de Libre Comercio en los últimos diez años.

LL.: ¿Cuál fue el proceso mediante el cual se concibió al TLC como un instrumento benéfico para el país?

J.S.P.: En México se había dado un proceso de apertura, no muy agresiva, con motivo del ingreso de nuestro país al GATT. Esa apertura no se estaba capitalizando en su totalidad, porque fue una apertura de carácter unilateral, contemplada en los protocolos del GATT. Una vez que ya habíamos avanzado en esa apertura y en sus programas de estabilización, buscamos la posibilidad de encontrar preferencias de acceso a nuestro principal mercado, que es el americano, y que no teníamos por esa simple apertura en el GATT. De manera que las ganancias que nos trajo ese proceso de apertura se complementaron con el hecho de que, gracias al TLC, tuvimos un acceso preferencial a la economía americana. Previamente al TLC, la relación con Estados Unidos era simplemente una serie de acuerdos sectoriales: el acuerdo textil, el acuerdo de cuotas de productos agroindustriales, etcétera. Entonces, lo que hicimos fue sustituir una serie de acuerdos sectoriales, que tenían su complejidad, ritmos extraños, presiones externas, etcétera, en un instrumento mucho más amplio y comprensivo, para englobar el comercio con los Estados Unidos.

LL.: ¿Por qué, durante estos diez años, el ciudadano promedio ha tenido una percepción confusa de los beneficios que el TLC ha otorgado al país?

J.S.P.: En primer lugar, me da la impresión de que no hay un conocimiento detallado y cabal de los resultados del TLC. En segundo lugar, por razones que tienen que ver con la dinámica social y con la política, se le ha exigido al TLC resolver cosas que el TLC no tenía por qué resolver. Naturalmente, nuestro país tiene muchísimos problemas, todos muy serios. Y no es realista ni sensato pensar que un solo instrumento de la política económica, como es el Tratado –específicamente dedicado a asuntos comerciales de inversión–, pueda resolver todos los problemas. Tengo la impresión, pues, de que existe una percep-

ción en el sentido de que el TLC es un instrumento que no resolvió todos los problemas. Que la imagen que se tenía de él es que lo iba a resolver: pues no, no tenía por qué resolverlos. Nunca se dijo que todos los problemas se iban a resolver. Se insistió de manera notable en que esto no era una panacea, sino una oportunidad, y que había que aprovecharla. Y la segunda razón que explica la inquietud pública acerca del Tratado es que no hay suficiente información objetiva, que se discuta y analice. Las discusiones son siempre muy politizadas; se le enmarca en una discusión política, y no en una discusión analítica.

L.L.: *¿Hay límites para el libre comercio mundial en un período prolongado de tiempo? ¿Cómo explicar la pérdida de estas ventajas comparativas de México en el TLC?*

J.S.P.: Yo veo una tendencia a perder las ventajas comparativas que México adquirió con el Tratado. Esto, por razones externas al Tratado, pero también por razones internas. Estas razones externas tienen que ver con que los países del mundo siguen buscando y logrando acuerdos competitivos, e insertándose bien con respecto a la economía americana. Las *ventajas comparativas* son, por definición, relativas: yo tengo una ventaja de acceso al mercado americano, siempre, con respecto a alguien. En la medida en que los centroamericanos, y los jordanos, y los marroquíes, y otros países de América Latina y el Caribe, empiecen a tener un acceso similar al que México tuvo con el TLC —aunque sea diez años después—, las ventajas que adquirimos obviamente se van a erosionar. Pero, además, ha habido una serie de eventos, al interior del TLC, de incumplimiento de las partes: el tema de los camiones, del azúcar, de la propiedad intelectual —hoy en debate. En la medida en que este tipo de incumplimientos se multipliquen, y la tendencia apunte en esa dirección, pues obviamente que el Tratado perderá relevancia en la actividad económica, y aquellas ventajas que le otorgó a la economía mexicana también se irán perdiendo. Por el contrario, si hay un liderazgo y un debate nacional

que ubique el tema correctamente y diga: “Bueno, tenemos que pensar y posicionarnos como país de América del Norte. Vayamos más allá...”, entonces creo que nuestro país puede recuperar mucha de su ventaja en este contexto.

L.L.: *¿Qué opina de China como nuevo gran competidor comercial para las empresas mexicanas?*

J.S.P.: Yo creo que China es un verdadero reto para México, sobre todo para aquellas empresas que sólo aspiran a capturar los márgenes asociados con la manufactura. Si las empresas comienzan a capturar márgenes asociados con la comercialización, las marcas, la distribución, allí es donde México y las empresas mexicanas pueden tener ventajas comparativas con respecto a las chinas. En los análisis más recientes sobre el reto que China representa para México, se concluye que hay tres tipos de sectores en donde nuestro país tiene una ventaja natural: en primer lugar, todos aquellos en donde el costo de transporte es alto, porque se trata de productos pesados. Nuestra cercanía nos da una ventaja eterna con respecto a China para ingresar al mercado americano. En segundo lugar, aquellos productos que cambian de moda o de presentación con frecuencia, como pueden ser las prendas de vestir de alto nivel. En estos productos hay que manejar muy bajos inventarios, y hay que reaccionar muy rápidamente al mercado. De modo que la cercanía, el conocimiento, la conexión por internet, las alianzas entre los minoristas y los productores se vuelve muy relevante, y México tiene ya muy construida esa red. En este tipo de productos seguiremos manteniendo ventaja. Y finalmente aquellos que requieren de cambios tecnológicos, donde es necesario que exista una comunicación muy intensa entre los ingenieros y los técnicos de las plantas aquí y allá, y que no la tienen tanto con China. Es decir, hay sectores en los que sí podemos mantener ventajas comparativas, siempre y cuando *bagamos la tarea*. Pero si queremos mantener la ventaja comparativa

con una energía eléctrica que cuesta mucho más que el promedio mundial, o cerrando la economía al acceso de insumos que nosotros no producimos, o no protegiendo la propiedad industrial, pues naturalmente que no vamos a poder. Se va a perder la competitividad, no solamente frente a China, sino frente al resto del mundo. —

— GRECO SOTELO, RAMÓN COTA MEZA



Audrey Hepburn: *Ligera elegancia.*

DIVAS

Por siempre Audrey

No fue nunca la estrella más hermosa ni la más sensual. Tenía el rostro salpicado de comedia y el cuerpo a un paso de la anorexia. Jamás tomó clases de actuación y arribó a la pantalla apenas por azar. Era Audrey Hepburn y era una estrella de las grandes. Recordarla es recordar su fina elegancia y su delicada ligereza. Audrey era glamour y otro poco de glamour. Había que ver su rostro, refinado y todo ojos, o su cuello, alto como el de un cisne. Bastaba con seguir el vuelo de sus manos para descubrir en ella el aleteo de una gracia divina y caer, bajo sus alas, enamorado al instante. Aun ahora

es posible hacerlo. A diez años de su muerte, Audrey se mantiene tan viva como cuando joven, y aun más todavía. Ocurre con ella lo que con otras cuatro o cinco personalidades: fueron hechas para la nostalgia y allí viven, milagrosas, insertadas en nuestra memoria.

Fue Hollywood quien reinventó el glamour y Audrey Hepburn quien lo encarnó con estilo. Siempre tuvo compañía y siempre apareció triunfante. Grace Kelly era tan elegante como ella pero carecía de su encanto. Ingrid Bergman lo tenía a medias y Elizabeth Taylor, vulgar desde siempre, no tenía nada. Sólo Marilyn Monroe hizo sombra a Audrey, pero nunca logró eclipsarla: Audrey brillaba de un modo distinto y ni siquiera Marilyn podía apagarla. Ambas se repartieron la década de los cincuenta, los corazones de los hombres y las ilusiones de las mujeres. Había dos caminos: se era sensual y atractiva como Marilyn Monroe o fina y delicada como Audrey Hepburn. Muchas actrices optaron por el camino de Audrey y fracasaron en el intento. No se puede crear una estrella en los estudios y menos una como Audrey: fue hija de una baronesa y adquirió su finura en interminables sesiones de ballet. Menos fácil todavía es imitar la ligereza que imprimía a las cintas en que participaba. Ése es el secreto de las estrellas: recrear las películas a su imagen y semejanza. Audrey lo hacía.

No sólo eran ligeras sus películas: también lo fue su vida. No hay en ella tragedias ni desplantes de diva insolente: lloró poco y gritó menos. Nació en Bruselas, se formó en Londres y comenzó a brillar en Broadway. Amó a Mel Ferrer y Mel Ferrer la amó a ella. Amó después a otro hombre y éste no la amó. Tuvo dos hijos, maduró con estilo y sobresalió como embajadora de la UNICEF. Murió a los 63 años, víctima de cáncer, y aún se le recuerda en todo el mundo. No es fácil encontrar a otra estrella con una vida tan sencilla y apacible. Incluso su carrera es ejemplar: pocas películas, buenos guiones, estupendos directores. Ni siquiera sus ocasionales tropiezos en taquilla empa-

ñaron su estrella: fue adorada por millones y no se conoce todavía una crítica en su contra. Hollywood fue piadoso con ella: no destruyó, como tantas otras veces, la grácil obra de arte que él mismo había creado.

Audrey comenzó en la cumbre y allí se mantuvo toda su vida. *Roman Holiday* (1953) fue su debut en Hollywood y también, cosa curiosa, su inmediata confirmación como estrella: fue dirigida por William Wyler, acompañada por Gregory Peck y premiada por la Academia. Más importante todavía: *Roman Holiday* fue la primera de sus cintas ligeras y deliciosas. Después vendrían *Sabrina*, *Funny Face*, *Love in the Afternoon* y *My Fair Lady*, todas comedias exquisitas con un algo de Lubistch. Audrey estuvo dirigida siempre por los más grandes: William Wyler, George Cukor, Billy Wilder, Fred Zinnemann, Stanley Donen y John Huston. Alfred Hitchcock la quiso pero ella no. Tuvo siempre compañeros delgados y mayores en pantalla: Humphrey Bogart, William Holden, Cary Grant, Rex Harrison, Sean Connery y Gary Cooper. Audrey supo extraer cosas sorprendentes de ellos y también de sus directores: enamoró a Gary Cooper, hizo reír a Bogart y provocó las dos cintas más románticas del cínico Billy Wilder. Tenía magia y, de hecho, la tenía todo Hollywood.

Eran tiempos mejores, quizá porque eran tiempos de Audrey.

Hay dos cintas que revelan el hermoso talento de Audrey y ninguna de las dos estaba destinada para ella. *My Fair Lady* pudo haber sido protagonizada por Julie Andrews y *Desayuno en Tiffany's* por Marilyn Monroe. Es necesario desdoblarse y agradecer que Audrey encabezara ambas producciones pero lamentar que Marilyn no haya protagonizado, al mismo tiempo, la última película. Un cinéfilo verdadero disfruta la versión verdadera y también la imaginaria: en una camina y actúa Audrey y en la otra lo hace el fantasma de Marilyn. Audrey está extraordinaria: nació para interpretar a Holly Golightly, la frívola creación de Truman Capote. Joyas, martinis, lentes oscuros: Audrey es un sueño de aparador y de pronto canta "Moon River" para demostrarnos que es de carne y hueso. Lo mismo ocurre en *My Fair Lady*, obra maestra algo devaluada: Audrey se transforma frente a nuestros ojos y uno lo agradece devotamente. Hay que verla como una miserable vendedora de flores y luego como una refinada mujer de mundo para comprobar que Audrey es Audrey Hepburn a todas horas, disfrazada de pobre o vestida por Givenchy. En todas sus versiones, es una chica adorable —y no se le puede olvidar. —

— RAFAEL LEMUS

